

Nota de los directores

Encontré la palabra «patrimonio» por primera vez en el sello triangular que la oficina de patrimonio nacional rumano había aplicado en la portadilla de los libros de mis padres. Los habían dejado atrás en su emigración a Alemania, y ahora, tras la caída del muro, querían reunir de nuevo su biblioteca, en la ciudad de Baviera en la que vivíamos entonces. Para esto necesitaba el aval de un ministerio de Bucarest que vigilaba la circulación de los objetos de valor cultural. La oficina del patrimonio se había creado porque el desnivel de riqueza entre los países capitalistas y el antiguo bloque del este era enorme: con el salario occidental uno se podía comprar obras maestras de la herencia cultural de la Europa oriental. En el este, se temía una pérdida patrimonial similar a la de las antiguas colonias, cuyas riquezas culturales hoy día llenan los museos de Londres, París o Berlín. Por cierto, el sello triangular, pensado para incunables o manuscritos, confería cierta dignidad a aquellas hojas arrugadas y manchadas de grasa, cuyos márgenes llevaban la huella de los dientes de un ratón bibliófilo (roedor cuyo descubrimiento, huida y triste destino forman uno de mis primeros recuerdos infantiles).

Estos libros se habían salvado de la expropiación total reservada a los desterrados porque unos primos los habían guardado para nosotros. Los mismos libros habían esperado pacientemente nuestra vuelta al país, y, por fin, abiertas las fronteras, aceptaron sin rechistar que no nos íbamos a volver a Rumanía. Aceptaron el destierro que les infligimos al traerlos a Baviera, y que los separaba de la mayoría de sus lectores potenciales. Desde luego, esto, solamente para los libros rumanos, significaba una alienación. Para los libros alemanes o franceses, el viaje a Múnich los devolvía a un origen del que el comercio mundial

los había alejado. Sobre todo, los ponía en manos de un lector insaciable, un lector juvenil que tocaba con respeto y nostalgia aquellas páginas punzonadas por diminutos dientes.

Estos tomos habían tenido sus travesías. La versión abreviada de los pensamientos de Pascal, por ejemplo, había sido impresa en Beirut, para el mundo francófono. Parece plausible que su camino lo había llevado a Bucarest, aunque esto suponía un viaje en el Orient-Express, además de varios otros medios de transporte moderno sobre cuya existencia el filósofo cristiano no hubiera podido apostar. En la biblioteca de mis padres, esta edición humilde, hecha para fomentar el desarrollo cultural de las colonias, se hallaba al lado de una edición de lujo de otro clásico francés, *La Bruyère*. ¿Se habrían encontrado así los dos autores en su siglo, se habrían enfrentado en algún salón nobiliario como sus libros lo hacían sobre los anaqueles de un departamento de mala calefacción y fauna humilde?

El libro de *Los caracteres* tenía tapas de cuero rojo y adornos y filete dorado; a las numerosas ilustraciones por Grandville, el dibujante del siglo XIX, se sumaba un retrato del autor protegido por una hoja transparente. Mi padre lo había adquirido en uno de los famosos rastros de la posguerra, en los que naufragaban los despojos de la campaña de Rusia. El antiguo soldado que se lo vendió por un puñado de monedas, no le pudo o no le quiso decir de dónde venía el libro de tapas rojas. Lo que sí sabemos es que lucía un exlibris de aires aristócratas. Los caracteres retratados por el moralista clásico, junto con las caricaturas de un artista romántico, moraban en una biblioteca de una familia que leían el francés, o por lo menos lo hablaban entre ellos. En la tapa y el filete había una gran mancha de humedad que me evocaba el invierno ruso, pero también un siglo de violencias: una revolución que desahuciaba los libros junto con sus propietarios, los bombardeos de la II Guerra Mundial arrebatándole los techos a las bibliotecas, los botines militares arrastrados en costales mojados... Todo este cambio, y toda esta violencia, están así inscritos en el patrimonio cultural.

Casi olvido hablar del patrimonio iberoamericano, pero aquí está: el primer libro español de mi vida, exponente de la cultura y el pensamiento a las que dedicamos nuestra revista, se encuentra en esta maleta, y lleva el sello triangular. Se trata de una traducción alemana de *El sentimiento trágico de la vida*. Conocí a Don Miguel de Unamuno como autor de *Das tragische Lebensgefühl*. Es una edición sobria, cuyas tapas de cartón oscuro parecen confirmar el estado de ánimo anunciado por el título. Con sus bordes en ángulos rectos parece un pedazo cortado de una tabla de madera y lisado con una lima fina y papel arena. El maestro salmantino había sido publicado en Alemania, y un ejemplar había sido exportado a Rumanía, para luego volver a su origen. Unamuno, en este

libro, habla bastante de Pascal. Propone una apuesta diferente a la del francés. Apuesta por ser feliz. Apuesta por una transcendencia material del individuo. Ahí, en las estanterías de mis padres, sigue la discusión de los dos, ahí su idea sobre el patrimonio, ahí las travesías de cada uno de sus libros. Libros que siguen transmitiendo la enseñanza impartida por sus autores junto con la memoria imprimida en sus propios cuerpos.

Matei CHIHAI, Wuppertal, diciembre de 2017